



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 146 Madrid, 29 de abril de 2015

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©
ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)
D.L. M-5971-1986 (Separata)



Mesa redonda
Miradas sobre el Quijote
en el IV Centenario
22 de abril de 2015

APERTURA DEL ACTO
por **DON VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO PÉREZ,**
Presidente del Centro Asturiano de Madrid

Buenas tardes a todos, señoras y señores, amigos todos, bienvenidos al Salón “Príncipe de Asturias” en esta nueva Jornada Cultural.

Hoy, en el marco de la *V Semana Complutense de las Letras* y con motivo del IV Centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, ofrecemos esta mesa redonda titulada: ***Miradas sobre el Quijote en el IV Centenario.***

Un acto con el que rendimos modesto y sincero tributo al genio de nuestras letras Miguel de Cervantes y, cómo no, a su monumental obra universal.

Intervienen: D. Francisco Alonso Fernández, Catedrático emérito de Psiquiatría y Psicología Médica; D. José Ángel López Herrerías, Catedrático honorífico de Teoría de la Educación; D. Francisco Ramos Oliver, General de División, y un servidor, Presidente del Centro Asturiano de Madrid y moderador de la mesa.

Voy a presentar a partir de unas breves líneas y por orden alfabético a mis tres compañeros y admirados amigos, grandes colaboradores de la Casa, la suya. Se da la curiosa circunstancia de que no se conocían entre sí y me alegro de que tengan la oportunidad de hacerlo en este acto.

D. Francisco Alonso Fernández, Manzana de Oro y Asturiano Universal; Catedrático emérito de Psiquiatría y Psicología Médica de la UCM; Académico de la Real Academia Nacional de Medicina. Ocupa o ha ocupado cargos internacionales de gran relevancia: Director del Instituto de Psiquiatras de Lengua Española, Presidente de Honor de la asociación Europea de Psiquiatría Social y Miembro de Honor de Sociedades Científicas de Psiquiatría de quince países europeos o americanos. *Doctor honoris causa* o Profesor honorario por más de diez Universidades. Autor de aproximadamente cincuenta libros, algunos sobre el Quijote. Cito “El Quijote y su laberinto vital”, publicado en 2005, por la editorial Anthropos, y de este mismo año, mejor aún, de este mismo mes: “Don Quijote, el

poder del delirio”, publicado por La Hoja del Monte. Su intervención en este acto será precisamente sobre el delirio en don Quijote.

D. José Ángel López Herrerías, Catedrático honorífico de Teoría de la Educación, del Departamento de Teoría e Historia de la Educación -mi Departamento- en la Facultad de Educación de la Universidad Complutense. Ha trabajado también en otros ámbitos del sistema escolar como catedrático e inspector de Enseñanza media, catedrático de Escuela Universitaria de Formación del profesorado, etc. Almeriense de Abla, investigador de largo recorrido y pedagogo comprometido. Es autor de una extensa y creciente obra bibliográfica. Muchos de sus últimos libros los ha presentado en este Centro Asturiano. Las temáticas de sus publicaciones y ponencias se resumen en tres claves: la educación como esfuerzo hacia la verdad, la belleza y la bondad; el ser humano como compromiso por los otros; y la proyección total de la complejidad humana, más allá de la racionalidad cognitiva. Su intervención en este acto podría resumirse en “Ser caballero andante hoy y siempre”.

D. Francisco Ramos Oliver. Ceutí, muy vinculado a Asturias y al Centro Asturiano. Es Asturiano predilecto en Madrid, Urogallo Especial con Mención Honorífica, Vaqueiro de honor y Seise de honor de la cofradía del Silencio y la Santa Cruz de Oviedo. Ingresó en la Academia General Militar de Zaragoza en 1968 y actualmente es General de División del Cuerpo General del Ejército. Colabora con varias Universidades y Forma parte del equipo arqueológico del yacimiento romano-visigodo de “La Carisa” y “El Homón” (Asturias). Ha sido ponente en congresos y jornadas relacionados con la Arqueología y la Historia de España. Conferenciante habitual y autor de diversos artículos en la Revista de Historia Militar, entre otras publicaciones especializadas. Es el Director Gerente de la Fundación Museo del Ejército y Presidente de la Asociación de Amigos de la Historia y la Cultura Militar. Su intervención será sobre “El servicio de las armas en El Quijote”.

Por mi parte, hablaré sobre “El valor educativo y axiológico del Quijote y su presencia en las aulas”.

Muchas gracias a los ponentes y a todos Vds. Al finalizar las intervenciones, de 15 minutos cada una, habrá un coloquio. Con arreglo al protocolo establecido tiene la palabra D. Francisco Alonso Fernández. Muchas gracias.



Portada de “El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” de 1605

PALABRAS DE DON FRANCISCO ALONSO FERNÁNDEZ
Catedrático Emérito de Psiquiatría y Psicología Médica

Breve ensayo sobre el libro *Don Quijote, el poder del delirio*¹

En *Don Quijote, el poder del delirio* (Editorial La Hoja del Monte) se realiza un estudio comprensivo de Don Quijote de la Mancha, contemplado desde una perspectiva científica y humanista. Un compendio de verdades y novedades centradas en el “*poder del delirio*”. En sus diversos capítulos se configura el perfil de Don Quijote como un loco lúcido, un hidalgo hechizado, un profesional de la caballería andante o un hombre pasional o erotómano. Una vida sintetizada entre el Deber y el Amor, recogida en una lectura sembrada de ironía y de emoción melancólica.

Calificar a Don Quijote como “*un hombre de acción*” puede dejar atónito a más de un lector, aunque, por otra parte, es una expresión fundamentada según iremos viendo en estas líneas de presentación del texto.

Si nos atenemos literalmente al *Quijote* advertimos que Don Quijote nació en la conciencia identitaria del hidalgo Alonso Quijano como una metaficción, o sea una ficción de ficción, inventada por el mismo hidalgo que no dejaba de tener la apariencia de una criatura literaria. El ente engendrado por la imaginación del hidalgo con una convicción delirante tomó un desarrollo humano independiente, asumiendo el protagonismo de la novela.

Quien ha vivido en las páginas del *Quijote*, movido por los hilos creativos de Cervantes, fue Don Quijote de la Mancha, un caballero andante español, lanzado a todo galope a un mundo encantado invadido por la magia delirante. La vida de Don Quijote tuvo un origen y un desarrollo dictados por el delirio y se erigió en el eje de las dos partes del *Quijote* asumiendo un protagonismo sustantivo. El hidalgo Alonso Quijano fue el gran olvidado.

¹ Salvo el primer párrafo, que procede de la contraportada, el texto aquí incluido corresponde a la edición no venal del libro Editado por La Hoja del Monte, 2015. Se reproduce con permiso de la editorial y del autor.

Por el contrario, don Quijote fue la ficción hominizada por obra y gracia de Cervantes, esto es, la criatura literaria hecha hombre.

El guiño socarrón del genial Miguel de Cervantes consistió en presentar a Don Quijote como un hombre real, sepultando en la amnesia colectiva a su ficción literaria, un tal Alonso Quijano, al que apenas se cita en la novela, aunque se le apodó en su semana postrera como “*el Bueno*”.

Cervantes pagó cara la guasa de infundir vida humana a Don Quijote. Lo hizo tan entrañablemente popular que se hurtó a sí mismo fama, honores, monumentos y panegíricos literarios. Todavía hoy es más conocido en los cenáculos literarios *Don Quijote hombre* que su creador. De esta suerte, asentado don Quijote en el pináculo humano, incurría en una doble usurpación: usurpador de gloria a Cervantes y de identidad al pobre hidalgo Alonso Quijano. Un sector de la generación del 98, presidido por Unamuno y Azorín, valoraba más a Don Quijote que a Cervantes.

La vida humana de Don Quijote la tejió Cervantes como una trama delirante, desde su identidad hasta su motivación y su comportamiento, sin postergar sus ideas y fantasías. Existía una concordancia plena entre el delirio del personaje y sus acciones excéntricas. Sobre él pesaban más los impulsos que las reflexiones porque se sentía reclamado para llevar a la acción su sistema delirante caballeresco. Al final, Don Quijote no llegó a morir porque se hizo inmortal.

Dentro del mundo de los pacientes delirantes destacaba Don Quijote por ser un *sujeito de acción*, entregado al ejercicio de la noble profesión caballerisca a través de los parajes de España. Entre los delirantes de falsa identidad, como es el caso de Don Quijote, abundan más los que se satisfacen con mascullar interiormente su falsa creencia identitaria imaginaria que los que tratan de autorrealizarse con su emblema delirante a través de la interacción social. Don Quijote transmitía al exterior el esfuerzo o la pretensión de actuar como el mejor caballero andante de todos los tiempos. Se mostraba así como un delirante de acción, un nuevo caballero andante batallador que asumía las normas caballerescas clásicas, con el título irrenunciable de último modelo profesional de la caballería andante, institución extinguida

dos siglos antes. Un auténtico militante de la acción caballerescas, resurgida como una iniciativa elaborada en el Parnaso por Miguel de Cervantes.

Dispuso Cervantes de tres referentes básicos, populares en su tiempo, para esculpir a su criatura: Tirant lo Blanc, Amadís de Gaula y Orlando el Furioso. Destaca entre ellos en sobremanera Amadís como el andante de vida más próximo a Don Quijote. Los otros dos modelos han mostrado unas diferencias notables con el modo de vida adoptado por Don Quijote: Orlando, por su violencia incontrolada, y Tirante, por la ausencia de trances fantásticos. Hasta el señalamiento de la procedencia de Don Quijote en La Mancha puede haber sido la réplica al origen de Amadís, ubicado originariamente en la Galia.

El modo de existir de Don Quijote ha obedecido al dictado del sentido del deber inspirado en el caballero andante bajomedieval. Últimamente se han publicado algunos libros o artículos que atribuyen la ideología asumida por Don Quijote al sistema de valores espirituales más o menos universales, tal vez pensando en Max Scheler. Esta atribución me parece un desenfoque valorativo puesto que la ideología de acción de Don Quijote se ajustaba al deber profesional característico del caballero andante.

Si bien es cierto que Don Quijote mostraba un fervor especial por los principios universales de la libertad y la justicia, no es menos evidente su especial dedicación a la protección de las damas, proyectada no sólo contra los gigantes, los follones o los malandrines, sino para brindarles a ellas mismas el fortalecimiento de su naturaleza frágil. En efecto, el ejercicio profesional del caballero andante englobaba un sentido machista de la vida: la mujer precisaría ser dirigida por un caballero diligente, en cuyo programa se debía incluir tanto la protección contra los riesgos inmanentes a la naturaleza femenina y la anulación de los peligros externos, como la dirección de la vida de las damas para conducir las a un planteamiento de felicidad, entendida como la unión con un varón que no les permitiera marcharse al otro mundo tan virginales como su madre las había parido, dicho esto en los mismos términos del texto cervantino.

La distinción clásica entre el sentido valorativo del deber y el sistema de valores espirituales de validez más o menos universal constituye, a mi entender, una anotación más sustancial que sutil, imprescindible para comprender a Don Quijote. La comprensión de Don Quijote, abarcativa de su personalidad y su vida, lo muestra indiscutiblemente como un modelo profesional de caballero andante y no como un misionero infundido de valores universales o inmutables.

La espiritualidad subyacente a esta novela, única en los anales de la historia, es un compendio de deberes caballerescos, no pocos de los cuales tienen un carácter machista con un toque erotómano. *De todo ello y de algo más, al modo de una miscelánea de verdades y novedades, se habla en este ensayo, siguiendo con continuidad la trayectoria biográfica de Don Quijote.* Una biografía dominada por las fantasías delirantes, en torno a las cuales se tejían elucubraciones adscritas a otras ramas del saber, siempre polarizadas en una vida heroica hilvanada por la empresa caballerescas de tradición bajomedieval, con un apunte picaresco extraído de los romances eróticos.

Imaginemos que se aproxima a nuestra vista el héroe cabalgando. Tratemos de comprenderlo desde su propia identidad: *un hombre de acción delirante*, configurado como un renacido caballero andante español. Su vida ha llegado a conmovernos por razón de la rectitud de su hombría y la fidelidad al cumplimiento del deber, y a divertirnos por su apariencia como un fante trasnochado. A todo lo cual se agrega la ridícula penuria de sus medios de combate, casi reducidos a un lanzón y un rocín.

Tras el primer plano psicopatológico de la genial novela, ocupado por la psicobiografía de Don Quijote, descrito al modo de una novela psicopatológica realista, se desgranarían varios parámetros de grandeza relacionados con otras áreas del saber de tipo literario, filológico, filosófico, moral, religioso, sociológico o historiográfico, cada una de ellas abierta a la hermenéutica particular correspondiente.²

² En el prefacio de la memorable *Encyclopédie* (1751-1765), sus directores Diderot y D'Alambert dejaron constancia de su entusiasmo por la obra cervantina: "*Compadecemos a quienes no les gusta la locura de Don Quijote*".

La versión contemporánea occidental de este ensayo nos podría trasladar a meditar sobre “*el poder del delirio económico*” y ofrecernos como la fórmula compensatoria de la corrosión sociopolítica “*el valor del esfuerzo*”, principio orteguiano compartido por parte de la población universal.



Don Quijote y Sancho, obra de Jesús Helguera

PALABRAS DE DON JOSÉ ÁNGEL LÓPEZ HERRERÍAS ***Catedrático Honorífico de Teoría de la Educación***

El Quijote, ventana abierta a la luz y el viento de la mejora humana

Agradezco al Centro Asturiano de Madrid y a su Presidente, amigo Dr. Valentín Martínez-Otero, la muy agradable oportunidad que me ha ofrecido de compartir con él y con otros dos muy valiosos amigos esta Mesa Redonda en torno a las *Miradas de El Quijote*. Gracias.

También, agradezco a todos Vds. la amable presencia participante, que hace posible la puesta en escena de este encuentro, para compartir algunas palabras en torno a la que considero una de las obras más excelsas y superiores de la creatividad humana, a través del don de la palabra.

En esta ocasión, quiero compartir con Vds., el subrayado de la conciencia de ver la obra de don Miguel Cervantes Saavedra, *El Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, como una gran y muy creativa metáfora de la existencia humana. Sabemos que metáfora significa que aquello que se expresa mediante la palabra puede tener un doble mensaje. En este caso, el mensaje uno nos presenta la historia de un aventurero. Hasta aquí la vida de Don Miguel, como tantos y tantos prototipos de un abundante personaje de su tiempo, sujeto de muchas experiencias, inquieta persona, que va y viene de ocupaciones y oficios, moviéndose por el mundo entonces conocido del *mare nostrum*, ya abierto en aquel entonces al océano de las Américas, que eso sí nuestro dinámico actor, Don Miguel, no llegó a aventurar.

Sin embargo, la genialidad creativa de don Miguel le llevó a escribir y a publicar en 1605 y en 1615, años en los que ya era madura su edad, las dos partes de la gran obra, en la que el mensaje dos, el de ser un caballero andante, descuella sobre toda altura espiritual reconocida para elevarse a niveles de belleza y de valor casi nunca alcanzables. En *El Quijote* don Miguel de Cervantes nos abre una magnífica ventana de genial escritor y de aún más fino y profundo observador de la vida y de las acciones humanas, y hace de la aventura un paradigma de nobleza y de excelencia espirituales: el aventurero se convierte en caballero andante. ¿Qué vivió, que conoció, qué captó, Don Miguel, respecto de la realidad humana, para que se le ocurriese

recurrir a la figura ya acabada, obsoleta, en aquel entonces, de la *caballería andante*?

El intento de respuesta a esta pregunta me acerca a la ventana de *El Quijote* que me muestra la existencia como un esfuerzo ético, como un afán espiritual permanente e inquebrantable de hacer el bien, llevar a cabo la justicia, y ayudar siempre, en todo supuesto, a los necesitados y desheredados, fuese cualquiera que fuese la condición, la raza, el grupo social y humano,... *El Quijote* es una magnífica ventana de humanidad porque es una magnánima apertura espiritual, que liberándonos de las cerradas marcas instintivas de lo exigido por la naturaleza, seguridad, dominio, control, nos permite que entre la luz y el viento para iluminar y renovar nuestros espacios y ámbitos vitales.

El caballero andante, presente en la ventana, luz y aire de nuestra existencia, es un magnífico espacio de libertad y de dignidad humanas, que me aporta lo más necesario y adecuado para la realización como persona. Ello es así, porque siendo los seres humanos, en definitiva, mundos de palabras, aquello que intercambiamos en el día a día de la existencia con los demás, que nos va dejando el poso identificador de nuestra personal conciencia, no hemos de quedarnos, como así hace *El Quijote*, en el nivel uno del lenguaje, presentándole como un aventurero, sin más. Somos un *mundo de palabras*. Somos, todos y cada uno, en algún grado, un mundo de aventuras, que se plasman en las palabras de nuestra conciencia.

Mas, no hemos de anclarnos ahí. No consistimos en cosificarnos en la aceptación de lo vivido como un *mundo* cosa, mecánico, ineludible. Los humanos, como nos enseña el gran maestro, *El Quijote*, consistimos en vivir el reto inexcusable y comprometido de tener que dar razón de nuestra existencia, al menos ante nosotros mismos. Por eso, nuestra vida está transida de los ideales de la verdad, de la belleza y de la bondad. No vivimos la aventura de la vida para que sean plasmadas cualesquiera palabras en nuestro mundo de la conciencia. Nuestra vida es un programa exigido de hacer desde el mundo de lo aventurado el *museo de lo seleccionado*. No nos vale ni cualquier aventura, ni cualquier palabra, *mundo*. Nos exige la existencia pasar de mundo a museo, de que todo lo que está vale, a que vale aquello que nos aporta la selección de lo que nos acerca a la verdad, a la belleza y a

la bondad. A aquello que nos pueda acrecentar la experiencia y la conciencia de la más dignidad y libertad, para sabernos más y mejores humanos.

La ventana desde la que hoy entiendo que hemos de mirar a *El Quijote* es aquella que nos lo presente como un modelo, como una fuente de generosidad, de magnanimidad, de afán de justicia, *caballero andante*, que nos acerque a un estilo de convivencia más ético entre los globalizados ciudadanos del mundo. Celebramos el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte de la vida y obras, aventuras, del *famoso caballero de la triste figura* no sólo para recordar una efeméride. Ciertamente también para eso. Para recordar y dejarnos inundar de una gran noticia, que por algo será. Que el libro más traducido, recordado, citado, sugerido, en los todos los rincones del Planeta es la obra de Don Miguel. Y ¿por qué será?

Al menos, por dos razones. Desde la vertiente estética, porque es muy difícil leer páginas que de manera sencilla, cuasi espontánea, auténtica, muestre mayor nivel de precisa selección semántica, de concatenada expresión de buenos sentimientos, de profundos y claros pensamientos, de mejores ráfagas de luz y de viento para purificar y ennoblecer nuestro mundo. Eso sí, además, leer *El Quijote* exige recuperar la forma de vivir la lectura, que es concomitante con el horizonte espiritual de la misma. Ante *El Quijote*, de manera casi espontánea, uno se ve animado a recuperar el deber ser de la lectura, pese a lo mal entrenado que uno, hijo de nuestro tiempo, haya podido actuar acelerado e inquieto. La lectura ha de ser un ejercicio de reflexión, de tranquilo diálogo espiritual. Leer es como una actividad rumiante en la que se ronronean las palabras. Es una actividad de calma, de diálogo y de inundación de aquello verdadero, bello y bueno, que uno descubre en la obra con la se conversa. Leer, más si la experiencia es con *Don Quijote*, es una actividad espiritual de mejora humana. Esta es la vertiente ética. El aventurero *Don Miguel* transformado literariamente en la figura metafórica de *El Quijote* es un proyecto de vida, ser *caballero andante*, para hacer que en el mundo haya más dignidad y libertad. Para que cada día, las palabras que dominen en los diálogos humanos estén más cargadas de valentía, de hazañas, de cortesía. Todo ello porque como dicen *Don Quijote* en el capítulo 31 de la segunda parte en el que defiende la *caballería andante*: "mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las

armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades de oro y en los andantes caballeros". Y hoy parece que nuestra *edad* más que *de oro* sea más bien de *oro* metalizado en dinero, con sus concomitancias, y, desde luego, no muy nutrido de *andantes caballeros*.

Hoy, como ayer, y como siempre, no nos vendría mal que asumiésemos individual y colectivamente el afán creativo, estético y ético, de ir por la vida con el esfuerzo aventurado, venturoso, de ser y hacer de caballeros andantes. Probablemente, llegaría a ocurrir que unos y otros nos agradeciésemos los resultados. Nuestras formas de vida, por el momento, aceptan la exigencia y el compromiso por hacernos una convivencia más digna, libre y justa. Nos podemos ayudar leyendo, y bien, la magnífica obra literaria de Don Miguel de Cervantes Saavedra, *El Quijote*. El libro en el que se nos abre una ventana, por la que aparecido un aventurero éste se nos convierte, obra de arte, en un *caballero andante*. Gracias.

PALABRAS DE DON FRANCISCO RAMOS OLIVER *General de División*

El servicio de armas en el Quijote

Cervantes se burla en "El Quijote" de las extravagantes aventuras de los caballeros andantes, pero no así de las virtudes que los definen y ennoblecen como individuos entregados al servicio de las armas, virtudes que han alcanzado, precisamente, con el ejercicio de la profesión y que como en el caso de D. Quijote, son puestas al servicio de unos fines de índole social. Esto le permite, en el permanente juego literario de fantasía y realidad en el que se desenvuelve la novela, trasladarlas a los soldados en cuanto individuos entregados también a la profesión de las armas pero en el ámbito de la realidad, encuadrados en estructuras orgánicas que responden, de forma clara y determinante, a un fin social. Las actuales Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas dan testimonio de ello.

Antes de adentrarnos en una lectura militar del Quijote repasemos brevemente la vida del autor, que en su etapa como soldado de infantería se nos muestra como ejemplo de virtudes fundamentales en todo militar en cualquier tiempo: disciplina, valor, prontitud en la obediencia y exactitud en el servicio. Virtudes que indudablemente tenía interiorizadas y que pone de manifiesto en sus obras, de forma determinante en la más importante de todas y que conocemos como "El Quijote".

En 1.570, con 23 años de edad, se alista en la compañía del capitán D. Diego de Urbina del tercio del maestre de campo D. Miguel de Moncada y en 1.571 embarca en la galera "Marquesa", una de las naves que el 7 de octubre de este mismo año va a tomar parte en el combate de Lepanto, en el transcurso del cual se cubre de gloria, pues a pesar de estar enfermo exige un puesto de peligro, negándose a retirarse bajo cubierta como se le había ordenado; en la lucha recibió dos arcabuzazos, uno de los cuales le causó la inutilidad de su mano izquierda. Las actuales Reales Ordenanzas, en el capítulo I, dedicado a los principios básicos de todo militar dicen que "*ejercerá su profesión con dedicación y espíritu de sacrificio (y) deberá tener amor al servicio y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga.*" (2.009, 19). Que es exactamente lo que hace Cervantes.

Intervino después en las acciones de Navarino, Corfú, Bizerta y Túnez, bajo el mando del capitán D. Manuel Ponce de León, primero en el tercio de D. Lope de Figueroa y después en el tercio de Sicilia. En 1.575, cuando regresaba a España, la galera “Sol” en la que viajaba fue apresada por piratas berberiscos y sufrió cautiverio en Argel por espacio de algo más de cinco años, durante los cuales protagonizó cuatro intentos de fuga de los que se responsabilizó para evitar represalias sobre sus compañeros. *“En el caso de caer prisionero, todo combatiente tendrá en cuenta que sigue siendo un militar en su comportamiento ante el enemigo y ante sus compañeros de cautividad (...) y hará todo lo necesario para evadirse y ayudar a que sus compañeros lo hagan.”*(2.009, 109). Pudiera parecer que la redacción de este artículo de las Reales Ordenanzas estuviera inspirada en la biografía de Cervantes.

Regresaba con cartas de recomendación de D. Juan de Austria para su ascenso a capitán, que solicita basándose en sus méritos porque *“el militar de carrera debe tener un deseo constante de promoción a los empleos superiores”*(1.978, 214), pero que a pesar de todo no obtiene.

De Argel es rescatado el 19 de septiembre de 1.580 y ya en España trabaja como comisario para el acopio de víveres con destino a la Armada y Flota de las Indias y como recaudador de contribuciones. Sufre prisión en Sevilla y publica la primera parte del Quijote en 1.605; la segunda verá luz en 1.615. Muere en Madrid el 22 de abril de 1.616.

Aunque nace bajo el reinado de Carlos I (1.516-1.556), la vida de Cervantes discurre realmente bajo los reinados de Felipe II (1.556-1.598) y de Felipe III (1.598-1.621). Es por tanto testigo de la época más gloriosa de una Monarquía en cuyos territorios no se ponía el sol y que arbitraba la política de Occidente, época en la que los tercios se enseñoreaban de Europa. Nace Cervantes en pleno renacimiento, pero publica “El Quijote” en el inicio del barroco.

Es indudable que tanto su paso por el ejército como las circunstancias históricas van a influir en la obra literaria de Cervantes de forma importante y en “El Quijote” se podría decir que determinante, pues don Quijote es un caballero andante, es decir, un hombre de armas. Cervantes estaba orgulloso de su condición militar y en todo el libro se respira el espíritu militar de su

autor. Son los recuerdos militares los que manifiestan la más honda compenetración de vida y literatura. Cervantes hace literatura basándose en su vida, don Quijote crea una vida a base de la literatura.

Cervantes escribe “El Quijote” para *“derribar la máquina mal fundada destos caballescros libros”* (I, prólogo) y *“poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías”* (I, LXXIV), cediendo la palabra al canónigo toledano para recomendar la sustitución de su lectura por la que hoy podríamos denominar historia militar: *“Y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César, Roma; un Aníbal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Estremadura; un Garci Pérez de Vargas, Jerez; un Garcilaso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar (...) Esta si será lectura (...) de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía”*(I, XLIX). Se podría afirmar que la primera parte del Quijote está escrita con el solo objeto de hacer la crítica de la literatura caballeresca y sentar la prioridad del ejercicio de las armas.

En palabras del profesor Santiago López Navia, don Quijote no es el caballero andante que cree ser, resultado de una parodia consciente, pero hace de su pretendida identidad caballeresca,alzada sobre el hábil pilar de la literatura, un ejercicio de incansable milicia.

El caballero andante don Quijote sale de su casa con sus armas y caballo en busca de aventuras, a imitación de esos caballeros que están en su mente, *“para aumento de su honra, para el servicio de su república (y) cobrarse eterno nombre y fama”* (I, I), es decir, ha salido para alcanzar la perfección venciendo a sí mismo *“el mayor vencimiento que desearse puede”* (II, LXXII), prestar un servicio social y alcanzar en soledad la fama, fiando de las armas su aspiración.

Don Quijote, que abandona la aldea para ayudar al débil, consolar al desgraciado y restaurar la justicia, para hacer el bien y evitar el mal ayudando al necesitado, escoge la profesión de las armas para alcanzar la virtud. El

hombre virtuoso es el que practica libremente el bien y, en este sentido, don Quijote cree haber conseguido la virtud desde que se ha entregado al servicio de las armas cuando dice que *“de mi sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, biencriado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos.”* (I, L). Don Quijote considera que está en posesión de las virtudes, que ha alcanzado la excelencia, lo que lo convierte en un héroe ético.

Los hechos de armas de los caballeros andantes suponen la negación del concepto militar de operación, a la que se opone diametralmente el concepto de aventura singular, que es el que rige sus acciones, y quizás por eso se declara en contra de la artillería, creación científica y técnica, producto de la racionalidad, símbolo de fuerza y poder, que tan presente está en el pensamiento, la literatura y el arte del Renacimiento.

Don Quijote es consciente del desajuste entre su profesión y el tiempo en el que vive. El combate caballeresco, arte en el que se alcanza belleza y se demuestra destreza y sabiduría en las armas, está sometido a un código de honor con preceptos morales que salvaguardan la libertad, la honra, la dignidad y el servicio al prójimo y se resuelve en enfrentamientos singulares cara a cara, en los que el valor del brazo y el filo de la espada son elementos humanos para alcanzar la fama. Las armas de fuego son elementos materiales que actúan a distancia despersonalizando el combate.

El rechazo de don Quijote a las armas de fuego es de índole ética, de condición ideológica aplicable al tiempo actual. Las armas de fuego para un caballero andante suponen la desigualdad y la despersonalización frente al esfuerzo y el valor. La aparición y uso de nuevos y potentes medios suponía un conflicto moral con la ética aplicable a los hechos de armas de corte medieval, de la misma manera que el uso de las armas de destrucción masiva lo son con respecto a la guerra convencional moderna, o la utilización de los llamados “drones”, aviones manejados por un piloto en tierra a muchos kilómetros del objetivo. Es evidente que la aparición de nuevos medios y su uso por los militares puede entrar en conflicto moral con la ética militar, pudiéndose llegar incluso a cuestionar los códigos éticos válidos para otro tipo de conflictos, lo que se pone más en evidencia en los actuales, en los que resulta muy difícil en ocasiones definir al enemigo.

Cervantes, militar experimentado y herido por arma de fuego, conocía bien tanto su empleo como sus efectos y quizás no sea aventurado pensar que cuando escribe el párrafo también esté llamando la atención, a modo de revulsivo, sobre el hecho de que las ideas, los conceptos, los procedimientos y las armas antiguas nada pueden contra los modernos ingenios de la técnica, aunque los maneje alguien moralmente inferior. Es decir, hay que estar preparados para la guerra, *“que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza”* (I, VII), lo que quiere decir que se debe estar preparado para cualquier tipo de agresión o conflicto, asunto este de candente actualidad.

En el capítulo I de la II parte, en el permanente juego literario entre fantasía y realidad, D. Quijote propone al rey Felipe III una solución ideal para España frente a la amenazante presencia de los turcos en el Mediterráneo. No concibe el alistamiento de una flota y un ejército al mando de un general e integrados por marinos y soldados, antes bien imagina un conjunto de caballeros andantes, por él dirigidos, dotado cada uno de ellos de tal fuerza que bastaría para deshacer un ejército.

Don Quijote ve en la empresa la oportunidad para *“vencer al enemigo del rey”* y culminar su carrera de héroe caballeresco y sin embargo, amparándose en que la sobrina, el ama, el barbero y el cura lo tienen retenido, no hace gesto alguno de querer incorporarse a la nómina de caballeros, o a la de soldados, y hacer algo en pro de la empresa contra el Turco. Como también guarda silencio en Barcelona ante el ataque turco a una galera española. Si relacionamos estos episodios con el alegato contra la artillería del Discurso de las Armas y las Letras, el caballero andante está reconociendo que nada puede ante la realidad, ante la evidencia de que son los ejércitos los que han asumido las dimensiones éticas y morales de la misión caballeresca, son los que tienen como función preservar y socorrer al individuo y la defensa de la sociedad, para lo que precisan de tecnología y de fuertes vínculos éticos y morales.

Es significativo el pasaje en el que Cervantes equipara la profesión de caballero andante a la de soldado, puesto que ambos, caballero y soldado, están al servicio de las armas y, por tanto, los anima un mismo fin, y es cuando D. Quijote dice a Vivaldo que la profesión de caballero andante es

tan necesaria en el mundo como la religiosa *“Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra, pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden. Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia.”*(I, XIII). O sea, que “a Dios rogando y con el mazo dando”, los caballeros y los soldados son el brazo armado de Dios en la tierra para cumplir con la misión de instaurar la justicia y la paz.

En este párrafo hay una transmisión de las virtudes del caballero andante al soldado, a las que en este se unen la disciplina – virtud fundamental del militar - y la jerarquía propias de la organización militar, necesarias ambas en igualdad de condiciones para lograr la máxima eficacia en su acción. Pero también hay un reconocimiento de la necesidad de la fuerza armada como instrumento necesario para alcanzar la paz, fruto de la justicia.

Estos conceptos van a ser nuevamente expuestos en el conocido discurso sobre las armas y las letras (I, XXXVII y XXXVIII). Don Quijote no habla en él como un caballero andante sino como un soldado y empieza reivindicando la dimensión intelectual del ejercicio de las armas, que precisa del concurso de la inteligencia, el entendimiento y la voluntad.

En un dramático párrafo, deja patente la renuncia que el soldado hace de su libre albedrío y de su vida en beneficio de las de sus compañeros y de la seguridad del lugar que guarda: valor, generosidad y disciplina racional subordinada a valores superiores que garantiza la rectitud de conducta, asegura el cumplimiento del deber y conduce al heroísmo.

Y por si fuera poco clara la brillante disertación sobre la preparación intelectual, el sacrificio, la abnegación, el espíritu de servicio, la generosidad y el valor inherentes a la milicia, establece la importancia de la cohesión y la disciplina como base de la más alta virtud, el heroísmo, que hace que los hombres de armas sean capaces de relevarse los unos a los otros hasta el límite de sus fuerzas en el transcurso del combate, convirtiéndose al fin en un solo hombre incansable que lucha hasta morir si es necesario.

En estos párrafos hay una referencia a una concepción colectiva y solidaria de los ejércitos como organizaciones jerarquizadas y disciplinadas, en los

que Cervantes exterioriza las virtudes – los principios éticos - que adornan al que se entrega al servicio de las armas, al caballero andante, pero sometiéndolas a la consecución de un supremo bien: la paz. Las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, lo expresan así: *“El militar dará primacía a los principios éticos que responden a una exigencia de la que hará norma de vida. De esta forma contribuirá a la fortaleza de las Fuerzas Armadas, garantía de paz y seguridad.”*(2.009, 15).

En efecto, don Quijote afirma que el fin de las armas *“tiene por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida (...) esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra”*. Las Reales Ordenanzas expresan esta idea en la forma siguiente: *“Los ejércitos estarán constantemente dispuestos para afrontar situaciones de guerra, persuadidos de que son un medio eficaz para evitarla. Su fortaleza material y espiritual es garantía de paz y seguridad”* (1.978, 5).

Reitera D. Quijote la necesidad de las armas (los ejércitos) como medios para alcanzar y mantener la paz, entendida como la estabilidad y seguridad de un orden justo, como obra de la justicia. Don Quijote estaría defendiendo un orden – una paz – susceptible de ser mantenida por leyes justas que, a su vez, solo podrían ser efectivas con el concurso de las armas. En este discurso, hay un paralelismo conceptual entre armas y paz y letras y justicia. La paz es fruto de la justicia, se garantiza con leyes justas. Las armas garantizan la aplicación de la justicia y las leyes, es decir, la paz. Es necesario por tanto mantener un diálogo permanente entre las armas y las letras, en pos de la justicia y de la paz.

Pero el Cervantes soldado no habla solo por boca de don Quijote, y así otras virtudes militares, como la humildad, la honrada ambición y el deseo de ocupar los puestos de mayor riesgo y fatiga, tienen su reflejo en el cuento del cautivo de la primera parte (I, XXXIX a XLI), de clara inspiración autobiográfica, o en el diálogo del cura con el canónigo, donde nos pone de manifiesto las cualidades que debe poseer un capitán, es decir, un jefe (I, XLVII).

Cervantes, en la primera parte del Quijote, nos muestra el gran conocimiento y elevado concepto que tenía de la milicia, de sus principios,

virtudes y valores vigentes en la actualidad. En la segunda parte, insistirá y desarrollará los conceptos vertidos en la primera.

En el capítulo XXIV de la segunda parte hay una referencia directa a la obediencia militar como manifestación individual de la disciplina, virtud fundamental del militar que garantiza la rectitud de conducta y asegura el cumplimiento riguroso del deber. Para Cervantes el buen soldado alcanza la fama en la disciplina, no en la aventura caballeresca.

Veamos como las Reales Ordenanzas ponen de manifiesto la vigencia de estos valores en la actualidad: *“Para vivir la profesión militar se requiere una acendrada vocación, que se desarrollará con los hábitos de disciplina y abnegación hasta alcanzar el alto grado de entrega a la carrera de las armas que la propia vocación demanda.”*; *“ha de ser abnegado y austero para afrontar la dureza de la vida militar.”*(1.978, 25 y 31).

Es en la aventura del rebuzno (II, XXVII), encontrándose por las riberas del Ebro rodeado por una muchedumbre armada, el momento en el que don Quijote explica y justifica su profesión realizando una consideración sobre lo que hoy conocemos como ayuda humanitaria, la guerra justa - de carácter eminentemente defensivo - y el derecho de gentes, con lo que claramente hace extensiva la virtud individual del caballero andante a la social de los ejércitos.

La dimensión ética de D. Quijote está siempre presente, pero ahora cobra forma la dimensión moral. El caballero andante, al igual que los ejércitos, tienen como función defender a la sociedad de sus amenazas y su deber es preservarla contra aquellos que la pongan en peligro.

La solidaridad es la más alta dignidad ética a que puede aspirarse comunitariamente, es la que anima a los soldados a entregarse, hasta perder la vida en ocasiones, a la tarea de hacer posible que otros alcancen lo que es suyo, que disfruten de todos y cada uno de sus derechos como personas, que estén abiertos a la posibilidad de realizarse plenamente según su específico proyecto vital.

Para D. Quijote, un buen soldado debe estar dispuesto a perder la vida, si preciso fuere, no para alcanzar la fama del caballero andante, sino para alcanzar solidaria y disciplinadamente el más preciado bien colectivo y social: la paz.

Al final, Don Quijote no logra ser el héroe caballeresco vencedor a que aspira en sus ensoñaciones, pero a pesar de sus fracasos no renuncia a sus ideales y nunca se da por vencido. Tras cada fracaso, vuelve a intentarlo. Cervantes nos proporciona otra gran lección de moral militar: la voluntad de vencer como principio fundamental de la milicia, sin la cual no hay posibilidad de victoria, ni individual ni colectiva: *“el militar actuará siempre con inquebrantable voluntad de vencer”* dicen las Reales Ordenanzas.

Para D. Quijote – Cervantes – el servicio de las armas es una escuela de valor y sacrificio, de principios, virtudes y valores, de conocimiento, que eleva al individuo, y después de la religiosa es la más noble actividad a la que puede dedicarse el hombre.

Cervantes tiene un elevado concepto de la milicia en cuanto tiene como misión la defensa de *“la libertad, uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos”* en palabras de D. Quijote (II, LVIII).

Durante la lectura militar de “El Quijote” se advierte que tanto cuando asume el papel de caballero andante como cuando piensa o se expresa como soldado, el “Ingenioso Hidalgo” siempre lo hace desde y hacia el individuo, creando un código deontológico en el que expone los principios éticos y normas de comportamiento del que se entrega al servicio de las armas, en forma similar a como siglos después lo van a hacer, ya de forma sistematizada, las Reales Ordenanzas.

Estos principios, virtudes y valores están sustentados en la ley natural, la recta razón, por lo que son universales, permanentes y duraderos y no son privativos de los soldados y de la milicia, sino de todo ciudadano de bien y de una sociedad de la que sus soldados no son más que fiel reflejo y cuyas normas de comportamiento están basadas en el amor a la patria; en la disciplina intelectual, racional y creativa; en el espíritu de servicio como entrega a la tarea encomendada o emprendida; en el sentimiento del honor

que impulsa a obrar siempre bien; en la eficacia en el trabajo que exige competencia profesional y, sobre todo, en la dignidad del hombre y el respeto a sus derechos inviolables, en todo momento defendidos por el ilustre hidalgo manchego que fue don Quijote.



*De izquierda a derecha; D. Francisco Ramos Oliver,
D. Valentín Martínez-Otero, D. Francisco Alonso Fernández y
D. José Ángel López Herreras*

PALABRAS DE DON VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO *Presidente del Centro Asturiano de Madrid*

Mirada pedagógica y axiológica del Quijote

Buenas tardes a todos. En mi intervención me centraré en aspectos de índole pedagógica y axiológica, a sabiendas de que se trata de temas controvertidos sobre los que cada lector tendrá su propio punto de vista. El enfoque que seguiré es el que me parece más comprensivo de todos, a saber: el *humanístico*, en el que quedan recogidos aspectos pedagógicos, psicológicos, filosóficos, sociales, etc.

La estructura axiológica -relativa a los valores- del *Quijote* se enmarca en el tránsito del Renacimiento al Barroco. Pese al tiempo transcurrido y a la distinta sensibilidad que en materia moral late en nuestra sociedad considero que la genial novela ofrece al lector contemporáneo un *proyecto vital* del que la pedagogía -escolar y social- puede extraer importantes aplicaciones formativas. Cervantes proporciona un hermoso y decisivo impulso a la ardua y dilatada tarea de la humanización.

El trasfondo ético del *Quijote*, aunque recorre toda la obra, se encarna magistralmente en la figura del hidalgo y se extiende también a su leal escudero Sancho Panza. Las aventuras narradas en el libro, más allá del omnipresente recurso humorístico, encierran un bello y cordial mensaje comprometido con la dignidad humana.

Pero ya que de valores hablamos, ¿qué se entiende por 'valor'? Aunque el asunto no está zanjado, por 'valor' se entiende una cualidad de algunas realidades que las hace estimables. Y 'valor' es también una concepción duradera sobre lo apreciable y preferible por una persona, ya sea referido a maneras de comportarse (amable, generosamente...) o a una situación última de la realidad (justicia, paz, libertad...) (Rokeach, 1973).

El valor expresa la significación que las personas otorgan a determinadas acciones, metas, fenómenos, etc., lo que explica que regule y guíe nuestro comportamiento.

La pedagogía no puede renunciar a la búsqueda de una *organización valoral*, porque si lo hace queda desvirtuada. La cuestión de los valores se liga de modo inevitable a la ciencia *mater* de la educación. Una educación que prescindiera de los valores no es educación. Además, es cierto que podemos preguntarnos de forma específica, intensa, por los valores, lo que nos situaría ante una pedagogía axiológica propiamente dicha.

Por otra parte, se ha dicho que el comportamiento de *Don Quijote* no se explica por unos valores sino por su deber como caballero andante. A este respecto, considero que se trata de planteamientos complementarios. Los miembros de una *orden de caballería* respetaban un código, que juraban, y que se fundaba en unos valores, por ej., honor, generosidad, justicia, servicio, etc. El Derecho mismo, como sistema de principios y normas, es expresión de unos valores, por ejemplo, de justicia y de orden, que regulan la convivencia y cuya observancia obliga. Acaso con más nitidez se advierten esos valores en los Derechos Humanos.

Las relaciones entre el deber y los valores son tan nítidas que las deontologías profesionales (del gr. *δέον*, -οντος, el deber, y -logía), esto es, los tratados sobre los deberes en una determinada profesión no tienen sentido si no se adentran en el terreno de la ética. Por tanto hay una vinculación esencial entre el deber y la ética.

La percepción de los valores difiere, a veces considerablemente, según la cultura y la época. Cada etapa histórica es más sensible a unos valores que a otros. Por eso, la pretensión de acercarnos a los valores del *Quijote* pasa necesariamente por enmarcar la inmortal obra en la transición del Renacimiento al Barroco. Hay más, porque el mundo de Cervantes no se corresponde con el mundo de *Don Quijote*. El hidalgo Alonso Quijano, autoconvertido en *Don Quijote*, reactiva en sí la caballería andante, aproximadamente un siglo después de que hubiese desaparecido: "...para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos" (I, XI).

De ahí el anacronismo de nuestro personaje en su época, aunque hoy pudiera no advertirse. *Don Quijote* es portador de unos valores del pasado, rescata y restaura el deber caballeresco, una misión sobre la que cabe preguntarse si tiene sentido en nuestros días.

Para algunos autores, por ej., Endress (2000), los valores de *Don Quijote* adquieren sentido en el marco de la utopía de la *Edad de Oro*, un tiempo ideal, pretérito, que él se siente llamado a restaurar en su *Edad de Hierro*. Vuelve los ojos hacia el pasado, aunque la *Edad de Oro* no coincida con la épica caballeresca medieval, para orientar su actuación.

De cualquier modo, las obras literarias, en general, pueden favorecer, entre otros aspectos, la dimensión ética. A menudo la educación moral en nuestras escuelas resulta tediosa, sobre todo porque habitualmente se presenta a los alumnos con su rígido e insufrible ropaje academicista. López Aranguren (1981, 312-313) afirma que la buena literatura pone en contacto al alumno con las formas reales y vigentes de la vida moral, al tiempo que proporciona a la enseñanza una fuerza plástica que capta su interés.

Vargas Llosa (2000, 122) sostiene que nada enseña mejor que la literatura a ver la riqueza del patrimonio humano y a valorar las diferencias como una manifestación de su multiplicidad.

La Pedagogía no puede desaprovechar el enorme caudal formativo que brinda la literatura. Al disfrute de la lectura acompaña el progreso cognitivo y emocional, pero también moral.

Creo que una de las tareas formativas aún pendientes es el fomento y el refuerzo sistemático, sobre bases pedagógicas sólidas, de la capacidad para descubrir y apreciar el *Quijote*, su belleza y grandiosidad literaria, sus valores morales, sus enseñanzas.

La moral de Cervantes es sobre todo laica y aun poética o, si se prefiere, como dice Américo Castro (2002, 292), filosófica, natural y humana, sin introducción de principios religiosos. No porque el escritor esté en contra de la religión, sino porque discurre por otra vía, sin preocuparse por la teología. Nada tiene de extraño, sin embargo, que la moral cervantina confluya en diversos aspectos con la moral religiosa.

Desde mi punto de vista, hay *valores morales* presentes en el *Quijote* susceptibles de análisis y descripción, pero sin obviar que el *ethos* -entramado ético- proyectado en la novela configura un conjunto que debe ser

considerado globalmente; de otro modo, se renuncia a la unidad creativa y se incurre en parcialismo interpretativo.

Con carácter provisional, algunos valores del *Quijote* sobre los que se puede reflexionar pedagógicamente, pueden ser, por orden alfabético (Martínez-Otero 2010): amor, espiritualidad, honor, justicia, lealtad, libertad, nobleza, palabra, paz, valentía,

El *Quijote*: libro educativo

Estamos ante un libro acrecentador, lleno de posibilidades educativas, no sólo por sus valores morales, sino por los artísticos y de muy variada naturaleza. Aun cuando nos centremos en la vertiente ética, el valor educativo del *Quijote* no se circunscribe a esta dimensión, pues se descubren también relevantes aportaciones formativas en los terrenos instructivo, estético, social, emocional, espiritual, etc.

Un libro de mucha enjundia, inaccesible, en principio, por su lenguaje y por su complejidad a los escolares.

Por ello creo que se debe *iniciar* a los escolares en su lectura. ¡Ojo!, decimos *iniciar*, esto es, introducir a los menores en el conocimiento y disfrute de este libro. Y es que aquí nos topamos con una cuestión pedagógica controvertida. De hecho, hay intelectuales muy reconocidos que sostienen que el *Quijote* no es libro adecuado para la escuela.

Hagamos ahora un breve repaso histórico guiado en parte por Tiana (2004). Sabemos que el *Quijote* fue libro de lectura en la escuela primaria desde la génesis del sistema educativo español, a comienzos del siglo XIX, al menos hasta el primer tercio del siglo XX, y que en la época franquista recibió un fuerte impulso hasta los años 60. Hubo para ello numerosas ediciones escolares adaptadas, con desigual acierto, a la edad de los niños. Se trataba, sobre todo, de enseñar deleitando a partir de la lectura, el dictado y la conversación.

Uno de los *Quijotes* escolares más antiguos es de 1856. Nos referimos a *El quijote de los niños y para el pueblo, abreviado por un entusiasta de su autor*, y que,

según parece, corresponde a Fernando de Castro y no a Nemesio del Campo (Sotomayor, 2006).

Con motivo del tercer centenario del *Quijote*³, en 1905, Cervantes pasó a ser símbolo nacional y, tras ser adaptada, se recomendó la lectura de su gran novela en las escuelas primarias. La obligatoriedad de su lectura en las escuelas nacionales se declaró en el Real Decreto de 6 de marzo de 1920, del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. El Ministro Natalio Rivas estableció en su exposición: “...la lectura diaria de un trozo del “*Quijote*”, a fin de que los niños, practicándola repetidamente, sientan un estímulo sin duda poderoso, por la virtualidad misma de las galas y donaires cervantinos, que les aficione a repasar una y cien veces durante el resto de su vida las páginas del libro más educativo y agradable que ha producido el ingenio humano.” Por cierto, en otra parte de la exposición del Ministro el *Quijote* es calificado como Biblia profana de la Edad Moderna.

Acisclo Muñiz Vigo⁴, que por cierto fue profesor en el Colegio de la Encarnación de Llanes, escribió el *Catecismo de Cervantes* de 1905 -con seis ediciones agotadas hasta 1912, cuatro de ellas en 1905-. Tras el Real Decreto de 1920, elaboró su *Cervantes en la Escuela*: “*vida, obras, trozos selectos — dice el autor —, juicios críticos, máximas, sentencias, refranes, todo, todo cuanto debe y puede ser estudiado y admirado como producciones de Cervantes, hállase recogido con esmero en este nuestro librito que fruicionalmente dedicamos a los señores maestros encargados de enseñar, educando e instruyendo a la juventud escolar española e hispanófila en América*”.

³ Estos datos proceden de la publicación “El Quijote en las aulas”, editada en 2005 por la Fundación Francisco Giner de los Ríos con ocasión de la exposición de igual denominación que se realizó en Madrid en el otoño de ese año.

⁴ Véase el trabajo de López-Ríos Moreno, S. y Herrero Massari, J. M. (1995): “La polémica del Quijote como libro de lectura escolar en España (1900-1920)”. **Actas del II Congreso de la Asociación de Cervantistas**, Nápoli, (publicadas por Giuseppe Grilli), pp. 873-886. Doc. disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/congresos/cg_II/cg_II_71.pdf

Ezequiel Solana, abuelo del que fuera Ministro de Cultura Javier Solana, editó en 1913 *Cervantes, educador*⁵, considerado paradigmático del auge que a la sazón tuvo la utilización doctrinal, moralizante y pedagógica del *Quijote*.

Por su parte, desde la Real Academia Española (RAE), Villanueva (2014) consigna que la *Edición Calleja para escuelas*, ilustrada, también a comienzos del siglo XX, fue la que tuvo más éxito. Y el hasta hace pocos meses secretario de la docta corporación nos recuerda también que el Real Decreto de 1920 generó gran controversia. A favor, Miguel de Unamuno, autor de *Vida de don Quijote y Sancho* en 1915. En contra, José Ortega y Gasset, que un año antes había publicado sus *Meditaciones del Quijote* y que consideraba un desatino la “Real Orden quijotesca”.

Gracias a la exposición “El Quijote en las aulas” (Fundación Francisco Giner de los Ríos⁶) sabemos que la presencia del *Quijote* en los centros escolares no sólo se patentizó en *Quijotes* abreviados o adaptados, sino también en libros dedicados a enseñar refranes, pensamientos morales, etc. Una revisión de cuadernos escolares de la época permite comprobar que los alumnos copiaban fragmentos de capítulos, realizaban redacciones dirigidas y libres, dictados, dibujos, etc. En lo que se refiere a la enseñanza secundaria, desde mediados del siglo XIX el protagonismo en el estudio de la prosa literaria corresponde a Cervantes. Los libros de texto de dicha centuria muestran que nuestro inmortal escritor era el más citado y elogiado. Lo que más admiraban los profesores en la genial novela era su adecuación para fomentar la moralidad en los escolares. La crisis de 1898 y la celebración del tercer centenario permitieron la consolidación del *Quijote* en las aulas de enseñanza primaria y media, por considerarse una obra portadora de sentimientos y valores patrióticos. En secundaria era frecuente leer textos seleccionados, en forma de florilegios, parnasos, etc., al igual que la lectura por capítulos.

⁵ Dato recogido de la obra, ya citada, de López-Ríos y Herrero.

⁶ Véase la nota 3 de este trabajo, sobre la publicación “El Quijote en las aulas”.

Valga este rápido recorrido histórico-educativo para advertir el paso y la presencia del *Quijote*, no exentos de polémica, por las escuelas españolas de los siglos XIX y XX. Polémica que saltó con fuerza a la prensa.

Si vamos a las librerías podremos comprobar que en nuestros días hay decenas de adaptaciones, igualmente desiguales, así como numerosos libros infantiles inspirados en la novela de Cervantes. Sigue habiendo voces a favor y voces en contra de que el *Quijote* esté presente en los planes de enseñanza. La cuestión, de gran envidia pedagógica, sigue sin resolverse.

Personalmente, creo que es positivo que el *Quijote* se acerque a niños y a adolescentes, sobre todo a partir de textos seleccionados y adaptados que constituyan una *literatura de transición* hacia la obra acabada. Esta literatura es valiosa *per se* y además prepara el camino al *Quijote*, inaccesible a la mentalidad infantil. Ahora bien, esta *literatura puente* debe elaborarse con arreglo a sólidos criterios psicológicos, pedagógicos, literarios, etc. En apoyo de esta idea señalo que si no se introduce de forma apropiada a los alumnos en el mundo del *Quijote*, un número considerable de escolares, principalmente los que dejan sus estudios al finalizar la secundaria, nunca leerán esta novela. Claro que si esta iniciación escolar se hace mal es posible que los alumnos la aborrezcan durante el resto de su vida. En todo este proceso es clave la figura del profesor, genuino mediador, motivador, capaz de orientar la lectura gozosa y acrecentadora.

Pérez-Reverte en declaraciones recogidas por ABC⁷ (3/12/2014) decía que “el Quijote se fue de las aulas por culpa de generaciones de ministros analfabetos”. El escritor y académico se quejaba de que de los 22 países de habla hispana, sólo seis conserven el *Quijote* en sus planes de estudios, y entre ellos no están ni España, la cuna del idioma, ni México, el país con más hablantes. Y añadía: “El Quijote no es solamente un libro bellamente escrito y un clásico de nuestra lengua, sino una escuela de filosofía, de ética, de lealtad, de honradez, de imaginación. El Quijote es un ejemplo. Y como

⁷ <http://www.abc.es/cultura/libros/20141202/abci-perez-reverte-acusa-ministros-201412022135.html>

elemento de trabajo, es una fuente riquísima para un profesor para discutir con los alumnos incluso de aspectos morales de la sociedad moderna”.

Como es sabido, se ha presentado en fechas recientes, finales de 2014, una nueva edición de la RAE adaptada para uso escolar por Arturo Pérez-Reverte⁸. Pérez-Reverte, en el prólogo dice que su adaptación pretende facilitar una lectura sin interrupciones de la trama principal, para lo cual ha retirado del texto original algunos obstáculos.

Sin obviar la necesidad del tamiz histórico, el *Quijote* es una magna obra en la que la pedagogía escolar y social puede hallar valores inspiradores, referenciales, estimulantes, orientadores. Singularmente, además de los citados páginas atrás, el simbolismo encarnado en *Don Quijote*, su esfuerzo, su coraje, su afán justiciero...

Ortega (2001,167) dice que don Quijote es como un guardián del secreto español, del equívoco de la cultura española. “No existe -según Ortega- libro alguno cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande”. Poco después agrega (168): “Es, por lo menos, dudoso que haya otros libros españoles verdaderamente profundos. Razón de más para que concentremos en el *Quijote* la magna pregunta: Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parapadeo astral, ¿qué es esta España, éste promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?”

Creo que estas palabras cargadas de preocupación del egregio pensador extraídas de su primer libro, *Meditaciones el Quijote*, de 1914, gozan de plena vigencia. Volver la mirada hacia Cervantes y su *Quijote* es absolutamente necesario en este siglo XXI si se quiere hallar una luz que guíe el rumbo de España.

En mi opinión, el *Quijote* admite pluralidad de miradas, acaso tantas como lectores. Afirmación que puede extrapolarse a toda la literatura. Lo cual en modo alguno impide descubrir miradas más agudas. Gracias a la psicología

sociohistórica sabemos que junto al *significado* de un texto, de una obra, fundamentalmente de carácter externo, objetivado, se halla el *sentido*, sobre todo de naturaleza interna, afectiva, personal. *Sentido* que es una especie de *significado individual* y que está muy condicionado por los propios valores, emociones, deseos, conocimientos previos, imaginación, etc., que ensanchan y singularizan la lectura. Lejos de tópicos y de desacertadas imposiciones lectoras de índole academicista sobre el *Quijote*, hoy se propone recuperar y promover la literatura como territorio de la imaginación y de la interpretación, de la apertura y de la libertad, y, por supuesto, del disfrute. De una *pedagogía literaria meramente canónica*, sujeta a reglas más o menos rígidas, se transitaría a una *pedagogía literaria hermenéutica* que valora la elaboración de la propia recepción reflexiva, comprensiva, significativa, sentida y estética, que fomenta la lectura viva y vivificadora, la lectura como recreación, es decir, como nueva creación y como gozo, como nueva producción y como deleite. En nuestros días se hablaría de *competencia lecto-literaria*, una capacidad comunicativa que permite interpretar y disfrutar textos literarios y que rebasa la sujeción al texto del autor.

Al escribir se acota. Al texto literario subyacen unos valores, una visión, una forma de concebir y sentir el mundo. Más allá del tiempo transcurrido, el *Quijote* es susceptible de interpretación desde la sensibilidad y la axiología actuales, a sabiendas de que no todas las personas tenemos las mismas. La escritura, pero también la lectura, son acciones mediadas por usos, costumbres y valores. Desde luego, no se puede perder de vista la historicidad de los escritores ni de los lectores, sin que la disincronía impida el vínculo.

Lo axiológico es intrínseco a la obra literaria y, por supuesto, también al *Quijote*. Por tanto, no se trata de que un profesor o un pedagogo utilice el *Quijote* más o menos forzadamente, o por imperativo curricular, para formar moralmente a sus alumnos, sino de que realice una labor mediadora y favorezca en sus alumnos el descubrimiento del entramado ético, desde luego también estético, presente en la obra, de manera que estén en condiciones de compararlo, de interpretarlo, de disfrutarlo y, si procede, de transferirlo.

⁸ Pérez-Reverte, A.: **Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes. Edición adaptada.** Madrid, Real Academia Española-Santillana.

La virtualidad educativa del arte es indiscutible. La literatura abre ventanas de oportunidad desde el punto de vista cognitivo, afectivo, moral, social y espiritual. Nos hace inteligible la realidad de múltiples formas, nos permite disfrutar, reflexionar, descubrir y estimar la belleza. Leer involucra diversas funciones psíquicas superiores (reflexión, imaginación, percepción, abstracción, autorregulación cognitiva...). Merced al *Quijote*, patrimonio cultural de la humanidad, se activan procesos psicolingüísticos, operaciones mentales complejas en las que el lenguaje asume un papel central.

Tal vez podríamos hablar de otros valores presentes en el *Quijote*: la sabiduría, la sencillez, la verdad, la generosidad y un larguísimo etcétera. Sin perder de vista que por muchos valores que tenga el libro el mayor valor es el libro mismo.

Esta exposición mía sobre los valores en el *Quijote* constituye en gran medida un homenaje a Cervantes, y desde él a lo bello y bueno, pero también un cauce de protesta ante el retroceso de muchos de estos valores en la sociedad actual.

Quiero concluir con unos versos preciosos de la plegaria de Rubén Darío a Don Quijote:

*¡Ora por nosotros, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión!
¡que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!*

Muchas gracias

Referencias bibliográficas

- Alonso Fernández, F. (2005): **El Quijote y su laberinto vital**, Barcelona, Anthropos.
- Castro, A. (2002): **El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos**, Madrid, Trotta.
- Cervantes Saavedra, M. de (1994): **Don Quijote de la Mancha**, Barcelona, RBA Editores.
- Darío, R.: **Letanías de Nuestro Señor Don Quijote**. Doc. disponible en: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/bquijote/q_rdario.htm
- Endress, H.-P. (2000): **Los ideales de Don Quijote en el cambio de valores desde la Edad Media hasta el Barroco**, Pamplona, Eunsa.
- López Aranguren, J. L. (1981): **Ética**, Madrid, Alizanza Editorial.
- López-Ríos Moreno, S. y Herrero Massari, J. M. (1995): “La polémica del Quijote como libro de lectura escolar en España (1900-1920)”. **Actas del II Congreso de la Asociación de Cervantistas**, Nápoli, (publicadas por Giuseppe Grilli), pp. 873-886.
- Martínez-Otero, V. (2010): **Literatura y educación. Cervantes, Galdós, Clarín, Palacio Valdés y Unamuno**, Madrid, CCS.
- Pérez-Reverte, A.: **Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes. Edición adaptada**. Madrid, Real Academia Española-Santillana.
- Ortega y Gasset, J. (2001): **Meditaciones del Quijote**, Madrid, Cátedra.
- Rokeach, M. (1973): **The nature of human values**. Nueva York. Free Press.
- Sotomayor, V. (2006): “Los prólogos en las ediciones del Quijote para niños y jóvenes”, **Revista OCNOS**, nº 2, pp. 39-61.
- Tiana, A. (2004): “Ediciones infantiles y lectura escolar del *Quijote*. Una mirada histórica”, **Revista de Educación**, págs. 207-220.
- Unamuno, M. (2000): **Vida de Don Quijote y Sancho**, Madrid, Cátedra.
- Vargas Llosa, M. (2000): “Literatura, vida y sociedad”, en Cortina, A. (coord.): **La educación y los valores**, Madrid, Biblioteca Nueva, págs. 119-135.
- Villanueva, D. (2014): Historia de el Quijote “popular y escolar” de la Real Academia Española (1912-2014), en Pérez-Reverte, A.: **Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes. Edición adaptada**. Madrid, Real Academia Española-Santillana.

Nota.- El vídeo completo de este acto pueden verlo en <https://www.youtube.com/watch?v=Tc5sz8sf3PI>